

Ernesto Montenegro.

## LAS MISTERIOSAS FECHORIAS DE "EL GAPA"

**E**L patriotismo tiene sus picantes anomalías, y siempre han derivado los pueblos una satisfacción de orgullo nacional de la relación de las proezas de sus bandoleros. Yo mismo he visto el gesto emocionado de la gente al oír a un asesino en el banquillo compararse con Manuel Rodríguez, los Carreras «y otros patriotas que murieron en el cadalso». No he podido dejar de notar, tampoco, que ciertos compatriotas míos me miraron con resentimiento porque me ví en el caso de advertirles que Joaquín Murieta fué en realidad un bandido mejicano de California, y no chileno, como asegura el relato novelesco de sus hazañas, reeditado en Chile por un extranjero que entendía su negocio. No hay pueblo de nuestra América que no tenga un héroe de esa laya, y si no lo tiene lo inventa, por amor propio o rivalidad local. Unas veces son los poetas populares, cuando aprieta el hambre, otras algún comandante de policía que busca su mejora en el presupuesto, o, como ocurrió en el caso del *Huaso Raimundo*, es pura y simplemente la prensa patriota y sensacionalista la que hace un Wallenstein o un Robinhood de cualquier infeliz de poncho y ojota.

El pueblecito en que vivo, muestra harto comprimida de humanidad como es, tuvo también su héroe nefando en *el Gapa*. Recuerdo haber visto de muy niño llegar corriendo la gente de todos lados y agolparse a las puertas del retén, nada más que porque iban a sacar a el Gapa con los brazos amarrados por detrás, camino de la cárcel. Que yo recuerde, no había nunca lástima en la actitud de esos curiosos; acaso, más bien esa admiración avivada por el miedo que uno ve en las muchedumbres domingueras que se paran ante una jaula del zoológico a contemplar al tigre que se pasea inquieto, clavándoles sus ojos de loco por entre los barrotes.

En mis andanzas a lo largo de Chile he oído mentar ejemplares de esos ambiguos personajes que el vecindario trata con particular deferencia y a los que aluden en su ausencia con pullas envenenadas: son antiguos merodeadores o cuatreros, sin olvidar a ese tipo ya casi del todo desaparecido de nuestros campos, del salteador de buena familia, con casa puesta y negocio establecido, que desaparecía la víspera de algún salteo en la vecindad, para reaparecer días más tarde a reanudar sosegadamente sus negocios habituales. El tal se hallaba entre los enmascarados que dirigieron el asalto, y hasta hubo quien jurara que le reconoció la voz; pero nadie se atrevía a delatarlo. Algunos pasan con la edad a simples aposentadores o informantes de los salteadores en servicio activo; son, a su manera, funcionarios jubilados. Pérez Rosales nos dejó algunos tipos inmejorables de esa índole, y escritores de hoy, como Maluenda, Santiván, Edwards Bello y Manuel Rojas han agregado retratos de bastante colorido a la galería de nuestra gente maleante.

De *el Gapa* no podría yo en conciencia decir nada parecido. Que su reputación era pésima, nadie podría negarlo. Pero su astucia debió siempre ir delante de las sospechas, porque nunca, que yo sepa, se logró pillarle

con las manos en la masa, como se dice. Después de todo, quién sabe si lo vago de la culpabilidad de este hombre no sea más que un efecto de perspectiva. Borrrosa como está en la lejanía de los años, su figura se identifica con las primeras sensaciones fuertes de mi niñez, y ya sea que piense en mis primeras aventuras o en mis primeros botines, el nombre de el Gapa o la cara de el Gapa se me vienen claramente a la memoria. Porque el Gapa era de oficio zapatero, en su esfera mínima, la de remendón. Aunque parezca inoficioso advertirlo, esta es habilidad que se aprende por lo común en la cárcel, y así era en el caso que nos ocupa. Al Gapa le llevé yo mis primeros zapatos, tras mucha porfía y hasta amenazas de parte de mi hermana mayor. Yo no sabía entonces lo que era un Ogro, pero lo que he leído más tarde sobre este personaje, me confirma, punto por punto, en la idea que yo tenía de el Gapa y de sus perversos instintos.

### El Gapa entra en escena.

Figúrense ustedes, si pueden, al Gapa, tal como lo veíamos pasar entre el cabo y el guardián del retén, el aire macilento y la cabeza gacha, cada vez que iban a sacarle del cubil donde tenía su banco de zapatero: una cara cetrina, que el pelo negro revuelto sobre la frente hacía aún más descolorida; unos ojos relumbrantes y fijos, como los de un calenturiento, que se pegaban a uno desde el fondo de las cuencas, y unos dientes largos y blanquecinos, igual que los del lobo hambriento de nuestro libro de lectura. La sonrisa abyecta de aquella cara iba siempre disimulando sus malignas intenciones. Hubiese pasado por un hermano mellizo de *Coilipo*, el inolvidable personaje de la niñez de Augusto Thomson (D'Halmar). No hay duda, pienso ahora, hay fisonomías que acusan irremediabilmente el mal, y todos los actos futuros de la persona que haya

nacido con ella, no parecen sino un esfuerzo sostenido para mantener cierta armonía entre su conducta y su apariencia.

Ya he dicho que el Gapa era uno de esos predestinados y que su reputación, por lo menos, era digna de su facha. A atenerse a lo que los chiquillos pescábamos de las conversaciones de los mayores, cuando el mate de leche pasaba de mano en mano en la tertulia de la tarde, vivía en la vecindad uno de los más temibles bandidos de que hubiera memoria. «Una verdadera fiera, mi pobre comadrita». Uno podía llegar a suponer que las tales se sentían agradecidas por ello, visto que la mención del Gapa bastaba para hacer callar a los niños pedigüños o soñolientos. Es más, recuerdo perfectamente un caso en que el despachero de la vecindad recurrió al nombre de nuestro criminal para hacer entrar en razón a la vieja más regodeona y cicatera del pueblecito. Esta doña Micaela había venido a devolverle una lata de sardinas porque un bromista le dijera que el despachero había tenido la desvergüenza de venderle «unos pescaditos sin cabeza». Los dedos flacos y engarabatados de Misiá Mica apuntaban acusadoramente a la lata abierta, donde unas sardinas reseca se estrujaban, acéfalas, como electores en una asamblea política. «Cuando yo compro algo, me gusta que no me le recorten nada a la mercadería», porfiaba la vieja con un guiño rencoroso. El despachero se reía, conciliador. Pero, visto que la tacaña mujer terminó por pedir que le devolviera dos centavos por lo menos por las cabezas que faltaban, el hombre se encendió en furia, y les gritó tartamudeando a los demás: «¡A ver, llámenme al Gapa para que se entienda con esta señorita, que viene a sacarme dos cobres a mí, cuando todos saben que tiene el colchón relleno con billetes!» (La vieja se lleva las manos a la cabeza y sale a tastabillos, chorreándose con aceite el delantal).

Bien se me alcanza, problemático lector, que me es-

toy deteniendo en menudencias, en vez de ir derecho a la relación de las fechorías de el Gapa. Pero, en primer lugar, no se puede pedir a un memorialista de provincia que penetre, de buenas a primeras, en la vida secreta de su protagonista, o que con mano experta en la disciplina del estilo, deje a la acción mostrar los contornos netos del drama. Y, en segundo lugar, no sería fácil, ni aun para nuestros más audaces escritores metropolitanos, describir con precisión las hazañas de el Gapa, pues aparte lo que dejaban adivinar su cara y sus maneras hoscas y retraídas, ya he dicho que ese desalmado tuvo siempre la suerte de no dejarse sorprender en la comisión de sus innumerables delitos.

Ahora se explicarán ustedes con qué recelo entraría yo aquella vez al cuarto redondo en que trabajaba el Gapa. Como la ventana suplía los vidrios con trapos y cartones que tapaban escrupulosamente toda rendija, la puerta entornada separaba netamente la zona deslumbradora del día de verano de la penumbra del interior. Desde el umbral hurgué con la vista en dirección al rincón de donde venían unos golpes sordos y acompasados. Poquito a poco, tal los contornos de un pez que sube del fondo del estanque, fué recortándose contra la pared la silueta agazapada de aquel hombre que, insensible al dolor, se estaba machacando una rodilla con el martillo. Al fin pude distinguir que lo que batía con tan estoica firmeza era la media suela de un zapato que tenía sujeto con el tirador. Al reconocerme el muy bribón quiso sonreírme a su manera, y descubrió la boca llena de estaquillas negras. ¡Aquel bárbaro estaba comiendo fierro!

El haber escapado sin un solo rasguño aquella vez, lo atribuyo al hecho de que el apetito del Ogro estaba entretenido con algo más succulento que yo. Los demás vecinos parecían igualmente afortunados en escapar a las asechanzas de el Gapa; pero ello se debía, a no dudarlo, a que todos parecían competir en favorecerlo

con sus encargos y composturas, pagándole sin demasiados regateos los pocos cobres que costaba cada remiendo. Y así resultaba provechosa su mala reputación para el Gapa, y cualquiera hubiese podido suponer cierta maligna satisfacción en la abyecta sonrisa con que acompañaba a la patrulla cada vez que venían a tomarlo para un careo en el juzgado.

### El ojo escrutador de la justicia.

A la primera noticia de un salteo, así viniese de algún lugar apartado como Tabolango o Casuto, los vecinos comenzábamos a poner el oído, a quién sentía primero el galope de los pingos en que los guardianes se dejaban caer en busca de el Gapa. ¿Que le habían sacado una yunta de bueyes a la Hacienda, o habían abierto un forado en la bodega del Mirador? Pues a traer a el Gapa, para someterlo a un interrogatorio en forma! Con esto el parte de policía podía citar por lo menos el hecho de que uno de los sospechosos había caído ya en poder de la justicia.

Hay que admitir que no le faltaban sus razones a la policía para tomar medidas precautorias contra el Gapa. Aparte de lo repelente de su fisonomía, sus mismos hábitos de vida eran, para el observador que no se deja engañar por las apariencias, un detalle revelador, hasta acusador. En efecto, el Gapa no era uno de los muchos remendones que se emborrachan a diario, faltan invariablemente al trabajo el lunes, y lo mantienen a uno esperanzado con un «vuelva mañana por la obrita», conforme al precepto popular:

*Zapatero,  
tira-cuero,  
toma-chicha  
y embustero!*

Estaba visto que un zapatero sin los vicios del gremio no podía ser sino un criminal empedernido. Por consiguiente, la lógica policial aconsejaba ponerlo en lugar seguro a la primera nueva de un golpe de mano. Al fin ambos actos iban resultando correlativos o concomitantes, como diría un leguleyo. Al oír hablar de un salteo reciente, los vecinos se preguntaban unos a otros: «¿A qué horas vendrán a buscar a el Gapa?» Y en las raras ocasiones en que los pacos aparecían inesperadamente, sacaban a su hombre con un cordel flojo en las muñecas y se lo echaban en ancas sin mucha ceremonia, la pregunta obligada era entonces: «¿Dónde habrán dado el golpe los niños de el Gapa?»

A los dos o tres días teníamos de vuelta a nuestro bandido, con el pelo más enmarañado y la color más cetrina, pero siempre con esa arriscada sonrisa de perro que ve suspendido un garrote sobre su cabeza. Como no había ninguno bastante audaz para sonsacarle lo que había pasado, él tampoco se confiaba con nadie. Todo quedaba en conjeturas acerca de dónde estaría el entierro de lo robado.

Era inútil que algún vecino llevado del espíritu de contradicción, quisiera sobreponerse al sentir general, alegando que el Gapa, salteador, era una pura suspertición. Lo mejor que puede decirse de tales gentes, es que nunca habrán encarado una investigación judicial, histórica o de cualquiera otra naturaleza. Entonces verían cómo eso que llaman la verdad es el pez más resbaladizo que puede imaginarse. El lector que haya tenido que ver alguna vez con el juzgado sabe cómo se estilan las cosas por esos sitios. Entra uno a una antesala donde hay tipos equívocos de chaqué, caras trasnochadas de borrachos, rameras, y demás; y de repente se siente uno llamado por un portero que pronuncia nuestro nombre como si en él hubiese algo de sospechoso o comprometente. Nos hallamos luego sin saberlo a la entrada de una sala espaciosa, de pa-

redes desoladas, con el piso cubierto por una alfombra raída. Sobre los estrados hay una mesa pequeña y detrás de ella un hombrecito de expresión artificialmente severa, como si se sintiese eternamente enfocado por el ojo de Dios, fotógrafo de conciencias. El juez nos da una mirada rápida por encima de sus lentes, y esta mirada basta para que comencemos a sentirnos culpables, o por lo menos para empezar a dudar de todo, hasta de nuestra propia identidad. Somos tal vez meros testigos de una querrela por injurias, o de una demanda por abijeato. Vamos a decir cómo vimos a Fulano cuando se abalanzaba a pegarle a Zutano, pero una simple pregunta del buen señor que está detrás del escritorio nos deja en suspenso, en tanto que toda la escena que íbamos a describir se desvanece como si nos despertaran bruscamente en medio de una pesadilla. El secretario se acerca en esos precisos momentos al juez y le murmura al oído una advertencia que no sabemos por qué nos parece directamente dirigida contra nosotros. Ya no estamos seguros de nada, dudamos hasta de haber presenciado la pelea, o lo que fuese, y la única realidad que nos queda saltando a los ojos es la de la puerta enrejada del fondo de la sala, que da al pasadizo que conduce a la cárcel.

Lo que no admite dudas es que el fin de el Gapa vino a confirmar providencialmente lo tenebroso de su vida. ¡El salteador murió salteado! Según unos, la pandilla que merodeaba por el lado de Chacabuco dió en la sospecha de que el Gapa le vendía sus planes a la pesquisa. Lo cierto es que un día, después de cincuenta años de vivir al margen de la ley, lo encontraron con su propia cuchilla clavada en el corazón, muerto sobre su banco de zapatero.

Así vivió y murió uno de los más célebres criminales que hayan existido en la localidad. Le faltaron aún los consuelos de la religión, por más que él llevara al



cuello un sucio escapulario de la Virgen del Carmen. «¡Bastante se había confesado ya con el juez!», dijo un policial ocurrente. Según es fama, el propio magistrado había llegado a contagiarse de escepticismo acerca de la culpabilidad de el Gapa, y aun se asegura que se permitía sus bromas con él cuando se lo traían de nuevo. Por último, se afirma que habría llegado a tratarlo como a un consejero o confidente en los casos difíciles. Posiblemente de esto provino la convicción que fué ganándose a otros maleantes, y ya el Gapa no fué para ellos un cómplice sino un delator.

Esto apresuró su fin, a no dudarlo. Y desgraciado en su muerte como había sido en vida, las sospechas de sus cofrades, junto con la abominación de las gentes de bien, contribuyeron por igual a hacer de su entierro una ceremonia bien poco impresionante. Cuando vino a buscarle el carretón del hospital para llevarlo a la fosa común, un suspiro de alivio salió de todos los pechos, tanto de parte de las personas honradas, como de aquellas que no se atreven ni a pretenderlo.